



X.

MEMORIAS DE UN CONSERJE.—LOS CRIADOS

VAMOS, ¡la fortuna da en París cada vuelta de rueda!.. Haber visto la *Caja territorial* como la he visto yo, aposentos sin lumbre, sin barrer, el desierto con su polvo, los protestos á trompones por las mesas, un edicto de venta en la puerta cada ocho días, todo ello sazonado por el olor á cocina de pobre; y asistir luego á la actual reconstitución de nuestra sociedad en sus flamantes salones, en los cuales armó cada volcán que ni un ministerio, por entre una multitud atareada, un tiroteo continuo de silbatos, de timbres eléctricos, y por remate los escudos á montones; haber visto todo esto, es haber visto más que un prodigio. Para convencerme de que es verdad necesito concentrarme en mí mismo, verme en la luna de un espejo con mi librea gris de hierro cuajada de adornos de plata, mi corbata blanca, mi cadena de ujier por el estilo de la que llevaba en la Facultad los días de gran ceremonia.. ¡Y pensar que para una transformación como

esta, para restituir á nuestras frentes la alegría, madre de la concordia, para decuplicar el valor de nuestro papel, para devolver á nuestro querido gobernador la confianza y la estima de que se veía privado tan injustamente ha bastado un solo nombre, ese ricachón sobrenatural que las cien bocas de la fama designan con el nombre de Nabab!..

¡Oh! la primera vez que vino á las oficinas, con su buena presencia, su rostro un tanto groserote tal vez, pero distinguido, sus maneras de cortesano viejo, de hombre que se tutea con todos los príncipes de Oriente, con ese no sé qué, en una palabra, de aplomo y soltura que da una gran riqueza, sentí derretírseme el corazón bajo la doble hilera de botones de mi chaleco. Que vengan luego cuatro ganapanes con sus palabras huecas de igualdad y de fraternidad. Hay hombres que están tan por encima de los demás, que uno quisiera volverse pequeño en su presencia, encontrar fórmulas nuevas de acatamiento para forzar su atención. Al pasar el Nabab me levanté, como era natural—conmovido, eso sí, pero digno; Passajón siempre está en su puesto,—y él me miró sonriendo, y dijo á media voz al joven que le acompañaba: «Bonita cabeza de...» Y otra palabra que no pude entender bien, terminada en *ardo*, así como leopardo. Pero no, no pudo ser ésta, porque mi cabeza, que yo sepa, nada tiene de leopardo. Tal vez diría: Juan Bardo, aunque no sé ver la relación que haya... En fin, ello es que dijo: «Bonita cabeza...» y tan buena opinión me engrió sobremanera. Por lo demás, no es él el único que me trata con bondad y con finura; todos hacen otro tanto. Parece que hubo discusión en el consejo sobre si me conservarían en el empleo ó si me despedirían como al cajero, aquel regañón que tenía siempre el presidio en la boca y á quien muy bonitamente suplicaron que se fuese á otra parte á fabricar sus pecheras económicas. ¡Y bien que le estuvo! Así sabrá lo que da el ser grosero con la gente.

Por lo que á mí toca, el señor gobernador se dignó olvidar mis palabras un tanto fuertés, en gracia á mi hoja de servicios en la *Territorial* y fuera de la *Territorial*; y al salir del consejo me dijo con su acento musical: «Pas-

sajón, vos seguis aquí.» Figuraos mi alegría y cómo me deshice en extremos de reconocimiento. Motivos tenía de sobra. ¡Pues no faltaba sino que hubiese debido tomar el portante é irme á cultivar mis terrenos allá en aquel rincón de Monbars, bien pobre cosa para quien como yo ha vivido entre la flor de la aristocracia financiera de París, y las jugadas de banca que en un santiamén levantan una fortuna! Pues en vez de esto, héteme otra vez agarrado á una plaza como no hay muchas, con mi guardarropas renovado y mis ahorrillos que estuve palpando veinte y cuatro horas seguidas y que tengo confiados al buen cuidado del gobernador para que me los haga fructificar. Él sí que conoce al dedillo el quid de estas cosas. Y que duermo bien á pierna suelta. Todos los recelos se desvanecen ante la palabra que hoy está en boga en todos los consejos de administración, en todas las reuniones de accionistas, en la Bolsa, en los bulevares, por todas partes; «El Nabab anda en el negocio...» Es decir: el oro rebosa; las más descabelladas *combinazione* son excelentes...

¡Este hombre sí que es rico de veras!

Rico hasta un extremo que parece mentira. ¿Pues no acaba de prestar á tocateja quince millones al Bey de Túnez?... Sí, quince millones, esto es... Y sólo para hacer una zancadilla á esos bribones de Hemerlingue que querían enemistarle con el monarca y segarle la hierba bajo los pies, en aquellas benditas tierras donde crece dorada, tiesa y turgente... Un turco viejo á quien yo conozco, el coronel Brahim, uno de nuestros consejeros de la *Territorial*, es quien ha arreglado el asunto... Naturalmente, al Bey, quien, á lo que se cuenta, pasaba sus apurillos por cuestión de monises, le ha hecho un grande efecto ese interés del Nabab en obligarle, y acaba de dirigirle por conducto de Brahim un carta gratulatoria anunciándole que en su próximo viaje á Vichy pasará dos días en su casa, en esa hermosa quinta de Saint-Románs que el Bey anterior, el hermano del actual, honró ya con su visita. ¡Figuraos qué honor! ¡Hospedar á un monarca reinante! Los Hemerlingues están que trinan. Ellos que se habían manejado tan bien, el hijo en Túnez

y el padre en París, para desmontar al Nabab... Verdad es que quince millones no son una bicoca. Y no se diga: «Passajón nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino.» La persona que me ha puesto al corriente de esa historia ha tenido en sus propias manos el documnto mandado por el Bey, con su sobre de seda verde, sellado con el sello real. Si no lo ha leído, ha sido porque está escrito en caracteres árabes, que á no ser por esto, se hubiera enterado de él, como se entera de toda la correspondencia del Nabab. Este sujeto es M. Noël, su ayuda de cámara, á quien tuve el honor de ser presentado el viernes último en una pequeña velada de criados que dió á todos sus compañeros. Apunta en estas memorias la reseña de la fiesta como una de las cosas más curiosas que he presenciado durante los cuatro años que hace que vivo en París.

Al principio, cuando M. Francis, el ayuda de cámara de Monpavón, me habló de la fiesta, figuréme que se trataba de una de esas francachelas á hurtadillas, como alguna vez las hacemos por los desvanes de nuestro bulevar, con las sobras que nos proporcionan la señorita Serafina y otras cocineras de la casa, en que nos hartamos de comer y de beber á costa ajena, sentados en maletas, azogados de miedo y sin más luz que un par de bujías, que apagamos al menor ruido que asoma por los corredores. Á mí, con franqueza, esos tapujos no me van bien. Mas cuando me encontré, como para el baile de los criados, con una tarjeta de convite en papel de color de rosa, y en ella escrito con caracteres preciosos:

M. Noël tiene el onor de inbitar á M... á la reunión que celebrará en su casa el 25 de los corrientes por la noche.

Abrá cena,

comprendí perfectamente, á pesar de las faltas de ortografía, que se trataba de una cosa seria y autorizada: púseme, pues, mi levitón nuevo, mi camisa más fina, y en un tris á la plaza Vendôme, á la casa que indicaba la tarjeta.

M. Noël había aprovechado para su fiesta un estreno en la Ópera, punto de cita de toda la buena sociedad, lo cual echaba las riendas al cuello de la servidumbre hasta media noche, haciéndola dueña y señora de toda la casa. Aun así, el anfitrión había tenido por mejor recibirnos arriba, en su propio cuarto, con gran contentamiento mío, porque yo opino como él:

¡Al diablo el goce
que el temor perturba!

Pero señor, ¡sí aquello es Jauja! El suelo con su alfombra de fieltro, una alcoba para la cama, cortinajes de argelina con listas encarnadas, su reloj de pared, de mármol verde, y buenas lámparas con su globo opaco. No está mejor allá en Dijón nuestro decano M. Chalmette. A cosa de las nueve llegamos el viejo Francis de Monpavón y yo, y mejorando, lo presente, precisa confesar que mi entrada produjo sensación. No ignoraban mis antecedentes académicos ni mi fama de hombre de gran urbanidad. Mi buena presencia hizo lo demás, porque en punto á saber presentarse me río yo del más pintado. M. Noël, de gran gala, cutis subido de color y patillas de chuleta, nos salió al paso.

—Dios os guarde, M. Passajón, me dijo.

Y tomándome la gorra con galones de plata que llevaba, al entrar, según costumbre, en la mano derecha, alargósele á un negro gigantesco vestido con librea oro y encarnado, y le dijo:

—Toma, Lakdar, cuelga esto..., y esto...añadió en tono de guasa, largándole un puntapié en cierta región de las posteriores que no hay por qué nombrar.

La ocurrencia nos hizo reir en grande, y trabamos una amistosa conversación. Ese M. Noël, con su acento del Mediodía, su apostura resuelta y la sencillez desenfadada de sus maneras, es todo un buen muchacho. Me trajó á la memoria al Nabab, aunque sin la distinción de éste. Por lo demás, aquella noche pude observar que esos parecidos son frecuentes en los ayudas de cámara, los cuales, como que hacen vida común con sus amos y se sien-

ten, naturalmente, un tanto deslumbrados por ellos, acababan por asimilarse hasta cierto punto su aire y sus maneras. Así M. Francis tiene cierto modo de echar afuera su pechera de hilo, y una manía de alargar el brazo para hacerse salir los puños que resulta un Monpavón dicho y hecho. Quien no se parece en nada á su amo es Joë, el cochero del doctor Jenkins. Yo le llamo Joë, pero aquella noche no se le daba otro nombre que el de Jenkins; porque es de saber que entre esa gente los criados se dan unos á otros el nombre de sus amos, llamándose Bois-l'Héry, Monpavón, Jenkins, tal como suena. ¿Será tal vez para rebajar á los superiores, ó para honrar la clase? Pero volviendo á Joë Jenkins, no atino cómo el doctor, un caballero tan cumplido, puede tener en su casa á un bruto como ese, una cuba de *porter* y de *gin* que se pasa horas enteras sin decir oxe ni moxe, para luego en cuanto se le sube á los cascos la bebida, echarse á alborotar y querer reñir con todo el mundo, como lo prueba la escena escandalosa que acababa de ocurrir al llegar nosotros.

El groom del Marqués, Tom Bois-l'Héry como le llamaban, había querido guasearse un poco de ese camastrón de irlandés, quien—por una mera broma de chispero de París—le endosó en mitad de la cara un terrible puñetazo de Belfast.

—¡Á mí, salchichón con patas!... ¡Á mí, salchichón con patas! repetía el cochero sofocado, á tiempo que se llevaban á su inocente víctima á un aposento contiguo, donde las señoras y señoritas del corro se disponían á remojarle la derrengada naricilla.

La agitación cesó pronto merced á nuestra llegada, y merced asimismo á los prudentes consejos de M. Barreau, un caballero entrado en años, reposado y majestuoso, por el estilo de un servidor. Es el cocinero del Nabab, un ex mayordomo del café inglés, que Cardailhac, el empresario de Novedades, proporcionó á su amigo. Con su traje de etiqueta, su corbata blanca, su cara digna, afeitada tomárale cualquiera por uno de los altos dignatarios del Imperio. Verdad es que el jefe de una cocina donde se arregla diariamente almuerzo para treinta convida-

dos, amén del cubierto de la señora, y todo de rechupete, no es un cocinero de tres al cuarto. Cobra un sueldo de coronel, comida y casa, y luego la sisa. Parece mentira lo que se llega á tragar con un enjuague de aquel calibre. De ahí que todo el mundo le trataba con las consideraciones debidas á una persona de su importancia; todo se volvía «Señor Barreau» por aquí, «Querido señor Barreau» por allá. Y es que entre la gente de servicio distan mucho de ser el yo y el tú los que gobiernan. Acaso en ningún punto se conservan más las categorías. Así, en la tertulia de M. Noël hubiérais visto que los cocheros no hacían migas con sus lacayos ni los ayudas de cámara con los criados, y era cosa de ver cómo parecían divertirse sus subalternos cuando M. Barreau soltaba una de las suyas. Y mucho que me place. Yo pienso de este modo. Nuestro decano lo decía: «Una sociedad sin jerarquías, es como una casa sin escalera.» Pero menciono esta circunstancia, porque me parece digna de ser apuntada en las presentes memorias.

La velada, como es de suponer, no llegó á su apogeo hasta que volvieron las que eran su adorno principal, las señoras y señoritas que habían ido á cuidar al pequeño Tom, camareras con peinados lustrosos y oliendo á gloria, criadas negritas, ayas, asamblea brillantísima en la cual conseguí pronto mucho prestigio gracias á mi porte respetable y al sobrenombre de «tío» con que las más mozas de aquel batallón de amables personas se dignaron agraciarme. Tengo para mí que no dejaba de hacer un gran papel en todo aquello el arte de la prendería, porque abundaban la seda, los encajes y hasta guantes con ocho botones y otros tantos baños de bencina, y mucho perfume, de que podría haber dado razón el tocador de la señora; pero la alegría estaba en todos los rostros, el contento en todos los ánimos, y además supe componerme un corrillo asaz animado, siempre con la decencia y el recato—como es de suponer—que cuadran á una persona de mi posición. Por lo demás, ese fué el tono general de toda la velada. Hasta las postrimerías de la cena no oí ninguna de esas expresiones malsonantes, ninguna de esas historietas escandalosas en que tanto se complacen

los señores del consejo: y, sea dicho en honor de la verdad, Bois-l'Héry el cochero, para no citar más que á uno, es buena pieza, más educado que Bois-l'Héry el amo.

M. Noël era el único que se hacía notar por la familiaridad de su tono y lo atrevidillo de sus expresiones. Aquél sí que no se apura por dar á cada cosa su nombre de pila. Así, le hubiérais oído cómo de un cabo al otro del salón le decía en voz alta á M. Francis:

—Tú, Francis; esta semana el pillastre de tu amo ha venido también á cobrar su barato...

Y como el otro parecía atufarse, M. Noël se echó á reír.

—Deja, hombre, deja... Hay para todos... No llegaremos al fondo.

Y entonces fué cuando nos contó lo de los quince millones de que hablaba antes.

Á todo esto extrañábame no ver preparativo alguno de la cena que mencionaban las papeletas de convite, y por lo bajo comuniqué mi inquietud á una de mis encantadoras sobrinas, la cual me contestó:

—Falta M. Luis.

—¿M. Luis?

—¿Cómo? ¿No conocéis á M. Luis, el ayuda de cámara del duque de Mora?

Entonces supe quién era aquel influyente personaje cuya protección solicitan prefectos, senadores y aun ministros, y que no debe darla de balde, porque con los mil doscientos francos de sueldo que le da el duque lleva economizadas veinticinco mil libras de renta, tiene sus hijas á pensión en el Sagrado Corazón, un chico en el colegio Bourdaloue, y una quinta en Suiza donde su familia va á pasar las temporadas de vacaciones.

En esto pareció el personaje: pero nadie, á su aspecto, hubiera visto en él á quien gozaba en París de tan sin igual posición. Nada de majestad en el porte: un chaleco abotonado hasta el cuello, aire fanfarrón é insolente, y cierto modo de hablar sin mover los labios, que maldita la gracia que hace al que escucha.

Saludó á la asamblea con una pequeña inclinación de cabeza, tendió un dedo á M. Noël, y allí estábamos nosotros todos, helados ante esas maneras de príncipe, cuando

se abrió una puerta en el fondo y brilló á nuestra vista, al resplandor de los candelabros, la suspirada cena, con fiambres de toda clase, pirámides de frutas y botellas de todas las formas habidas y por haber.

—Caballeros, la mano á las señoras...

Y hétenos instalados en un minuto, las señoras sentadas entre los de más edad ó los más formales de nosotros, los demás de pie, sirviendo, bromeando, bebiendo de todas las copas y haciendo incursiones por todos los platos. Á mi lado estaba M. Francis, y me tocó oír las pesetas que dijo de M. Luis, cuyo puesto, tan bueno en comparación del que él ocupaba en casa de su Don sin din, le daba retortijones de envidia.

—Es un advenedizo, me decía al oído... Debe su fortuna á su mujer, á la señora Paula.

Parece que esta señora Paula es una criada que hace veinte años sirve en casa del duque, y se pinta sola para componerle una pomada para ciertos achaques de que padece su amo. Así ha sabido hacerse indispensable. M. Luis, que lo notó, se puso á hacerle el amor; y aunque mucho más joven que ella, le dió la mano; con lo cual, para que no se le escapase la enfermera, Su Excelencia tomó al marido por ayuda de cámara. En el fondo, y á pesar de lo que le dije á M. Francis, yo lo encontraba muy en regla y muy conforme con la sana moral, desde el momento en que el cura y el alcalde habfan puesto la mano en ello. Sería acaso porque aquella cena compuesta de manjares preciosos y caros, que yo ni siquiera de nombre conocía, me había predispuesto el ánimo al buen humor y á la indulgencia. No todo el mundo estaba en idénticas disposiciones, porque al otro lado de la mesa oía la voz de sochantre de M. Barreau que refunfuñaba:

—¿Y á él qué le importa? ¿Me meto yo acaso en lo que él hace? En primer lugar, este es asunto de Bompain y no suyo... Y al fin y al cabo, ¿de qué se me acusa?... El carnicero me manda cada mañana cinco cestas de carne. No gasto más que dos, y le revendo las tres restantes. ¿Cuál es el jefe de cocina que no hace otro tanto? Más valiera que en lugar de venirse á mis subterráneos á espigar lo que pasa viese de poner coto al despilfarro del

cuarto primero. Cuando pienso que en solos tres meses la patulea de arriba se ha fumado por valor de veintiocho mil francos de tabacos... ¡Veintiocho mil francos! M. Noël me guardará de mentir. ¿Pues y en el segundo, en casa de la señora? Aquello sí que es la mar de ropa blanca, de trajes tirados sin haber servido más que una vez, de joyas á puñados, de perlas que uno aplasta al andar. ¡Oh! pero que se duerma en las pajas; ya le arreglaré yo las cuentas á ese mequetrefe!...

Comprendí que se trataba de M. de Géry, ese joven, secretario del Nabab, que viene á cada dos por tres á la *Territorial* y se pasa horas enteras huroneando por los libros. ¡Y qué chubasco de maldiciones le llovió encima! El mismo M. Luis, con aquel aire que se da, tomó la palabra sobre esta materia:

—Pues en casa, querido señor Barreau, últimamente el cocinero ha tenido un lance por el estilo con el jefe de gabinete de Su Excelencia, quien se había permitido hacerle algunas observaciones sobre el gasto. El cocinero al punto se fué al dormitorio del duque, vestido de uniforme y puesta la mano en el cordón de su delantal. «Elija V. E. entre este caballero y yo...» El duque no vaciló un momento. Jefes de gabinete se encuentran tantos como se quieran, mientras que los buenos cocineros pueden contarse con los dedos. En todo París yo no sé más que cuatro. Vos uno de ellos, querido Barreau... Y muy bonitamente le hemos expedido las dimisorias á nuestro jefe de gabinete, dándole en cambio una prefectura de primera clase; pero el jefe de cocina se ha quedado con nosotros.

—Así, así... dijo M. Barreau, que parecía de gusto escuchando el sucedido... Eso se llama servir á un gran señor... Pero un advenedizo es siempre un advenedizo; no hay tu tía.

—Y Jansoulet no pasará nunca de esto... añadió monsieur Francis estirándose los puños... Un hombre que era mozo de cordel en Marsella...

M. Noël, algo atufado, replicó:

—¡Eh! M. Francis, así y todo, á tu amo y á ti os viene que ni de perilla ese mozo de cordel de la Cannebière

que os saca la tripa de mal año... Dios te conserve esos adivenedizos que prestan millones á los reyes, y que los grandes señores como Mora no tienen á menos el convidar á su mesa...

—¡Bah! en el campo, refunfuñó M. Francis enseñando el único diente que le quedaba.

El otro se puso en pie, montando en cólera; é iba á haber una escena, cuando M. Luis hizo una señal con la mano de que tenía algo que decir, y M. Noël se sentó al momento y aguzó el oído, como todos, para no perder una sílaba de las augustas palabras.

—Es cierto, decía el personaje sin apenas abrir la boca y sorbiéndose el vino á traguitos, que la semana pasada recibimos al Nabab en Grandbois. Y aun puedo contaros una cosa muy divertida que pasó... En el segundo parque tenemos setas en abundancia, y Su Excelencia se entretiene á veces en cogerlas. A la hora de comer sirvieron un plato de las carmesés. Había allí... ¿estáis? . . . Marigny, el ministro del Interior, Monpavón y vuestro amo, querido Noël. Los hongos dieron la vuelta á la mesa. Hacían muy buena cara; todos se llenaron el plato, fuera el duque que no puede digerirlos, y que se creyó en el caso de decir, por cumplido, á sus convidados: «Yo no acostumbro... No es que tenga miedo. Al contrario, son muy buenos... Los he cogido yo mismo.»

—¡Diablo! dijo Monpavón riendo; en este caso permitidme, querido Augusto, que yo tampoco los pruebe.

Marigny, menos íntimo, miraba el plato al desgaire.

—Pero, sí, Monpavón, respondo de ellos... mirad qué cara tan buena hacen. Siento de veras no tener apetito.

El duque se había puesto serio.

—Vaya, señor Jansoulet, espero que vos no querréis darme también ese chasco. Hongos que he escogido yo mismo.

—¡Oh, Excelencia, pues no faltaba más!... Á ojos cerrados.

Figuraos si estaría de humor el pobre Nabab siendo aquella la primera vez que comía con nosotros. Dupeyron, que servía enfrente de él, nos lo contó luego en la mesa. Parece que fué lo más chusco del mundo el ver

cómo Jansoulet se atiborraba de hongos, abriendo unos ojos de á palmo, mientras los otros le miraban con curiosidad sin rozar siquiera el plato. ¡El pobre pasaba la pena negra! Y lo más original es que repitió, que tuvo el valor de repetir. Lo único que hacía era colarse un jarro de vino, como un albañil, entre bocado y bocado... Pues bien: ¿queréis que os diga la verdad?... Lo que hizo fué de muy listo, y no me extraña que aquel grueso camastrón haya llegado á ser el favorito de los soberanos. Sabe halagarles la vanidad satisfaciendo aquellas preten-sioncillas que no se atreven á confesar... En resumen, el duque está chiflado por él desde aquel día.

La anecdotilla nos hizo reir de lo lindo y disipó el nublado que acumularan algunas expresiones imprudentes. Entonces, como el vino había desatado un poco las lenguas, ya cada cual se echó de codos en la mesa, y comenzó la charla sobre los amos, sobre las colocaciones que cada uno había tenido y lo qué en ellas se había visto de más chusco... ¡Ah! y que chaparrón de aventuras, y cuántas cosas llegué á ver de puertas á dentro! No hay que decir que yo también obtuve mi correspondiente efectillo con la historieta de mi despensa de la *Territorial* en la época en que guardaba mi bazofia en la caja vacía, lo cual no era obstáculo á que nuestro viejo cajero, formalista ante todo, cambiase cada dos días la clave de la cerradura, como si allí dentro hubiese todos los tesoros del Banco de Francia. Á M. Luis me pareció que le gustaba bastante mi anécdota. Pero lo más notable fué lo que nos contó de la casa de sus amos, en su jerga de pilluelo de París, el lindo Bois-l'Héry.

Marqués y marquesa de Bois-l'Héry, cuarto segundo, bulevar Haussmann. Un mobiliario que ni las Tullerías, ni un palmo de pared sin raso azul, cuadros, dijese chinoscos, curiosidades; en fin, un verdadero museo. El servicio, de lo mejor: seis criados, librea marrón en invierno, librea nankin en verano. Y ellos por todas partes, en los lunes de confianza, en las carreras, en los estrenos, en los bailes de embajada, y siempre sus nombres por los periódicos con un admirativo para los trajes de la señora marquesa y para el *chic* sin rival del señor marqués... Pues

bien: todo esto no es en definitiva sino humo de pajas, plaqué, mucho aparato... El mobiliario está alquilado por quincenas á Fitily, el proveedor de las casas *non sanctas*. Las curiosidades, los cuadros, son del viejo Schwalbach, quien dirige allí á sus clientes y les hace pagar el doble, porque no es cuestión de regatear cuando el vendedor es todo un señor marqués. En cuanto á los trajes de la marquesa, la modista y la costurera se los proporcionan de balde cada estación, le hacen estrenar las modas nuevas, algo estrafalarias algunas veces, pero que la buena sociedad adopta en seguida porque la señora es todavía una real moza y tiene fama de elegante; hace de eso que llaman un *figurin*. Pues ¿y los criados? Interinos como todo lo demás, cambiados cada ocho días á voluntad de la agencia de colocaciones, que los manda allí á hacer un aprendizaje para los empleos formales. El que no tenga ni fiadores ni certificados, así salga de la cárcel ó de donde quiera, que se deje caer por la oficina de Glanand, el gran agente de la calle de la Paz, y éste le manda en seguida al bulevar Haussmann. Sirve allí una, dos semanas, el tiempo preciso para comprar los buenos informes del marqués, quien, por supuesto, ni da dinero ni apenas de qué comer, porque en esa bendita casa los hornillos de la cocina pasan muchos días sin ver fuego, gracias á que el señor y la señora están de convite casi siempre ó van á bailes donde se cena. Los Bois-l'Héry conocen al dedillo todas estas casas donde hay piscolabis. Os dirán que en la embajada de Austria se cena muy bien, que en la embajada de España se descuida un poco el vino, y que para el pavo asado los Negocios Extranjeros se pintan solos. Así va pelechando aquella singular pareja. Nada de lo que llevan se les aguanta encima; todo está embastado, prendido con alfileres. Un soplo de viento, y se lo lleva todo. Pero á lo menos están seguros de no perder nunca. De ahí le viene al marqués ese aire de capitán *No importa* con que mira á todo el mundo, con las manos en los bolsillos, como diciendo: «¿Y qué? ¿y á mi quién me la pega?»

Y el pequeño groom, en la actitud indicada, con su cabecita de muchacho corrido y vicioso, remedaba tan al

pelo á su amo, que me parecía ver á éste en persona en medio de nuestro Consejo de administración, plantado delante del gobernador y abrumándole con sus cínicas cuchufletas.

Será lo que se quiera, pero no cabe negar que París es una ciudad que se las pega con todas las del mundo juntas cuando se pueden pasar así en ella quince, veinte años, viviendo de invenciones, de gorras, de embustes, sin que les conozca todo el mundo, y pudiendo todavía hacer una entrada triunfal en un salón detrás del nombre lanzado á voz en cuello: «El señor marqués de Bois-l'Héry.»

No, no os podéis figurar lo que se llega á aprender en una tertulia de criados; es preciso haber estado allí para comprender lo curiosa que es la sociedad parisiense vista por debajo, por las cocinas. Y si no, ahí va un cabo suelto que pude recoger sobre el señor de Monpavón, de una conversación confidencial que tuvieron M. Francis y M. Luis, entre los cuales estaba yo sentado. M. Luis decía:

—Hacéis mal, Francis; en este momento estáis en fondos. Deberíais devolver ese dinero al Tesoro.

—Claro está, contestaba M. Francis en tono de hombre desgraciado. Tenéis razón, pero el juego se nos come vivos.

—Ya sé, ya sé. Pero mucho ojo, porque nosotros no estaremos siempre allí. Podemos morir, caer del poder. Entonces se os pedirán cuentas. Y será terrible...

Más de una vez había oído murmurar de esa historia de un empréstito forzoso de doscientos mil francos que se suponía hecho al Estado por el marqués cuando era recaudador general, pero el testimonio de su ayuda de cámara cerraba la puerta á toda duda... ¡Ah! si los amos llegasen á imaginar lo que saben los criados, lo que se llega á contar cuando se reúnen unos cuantos; si pudiesen ver cómo se arrastran sus nombres por entre las barreras de las habitaciones y los détritrus de cocina, no se atreverían siquiera á decirles: «Cerrad la puerta;» ó bien: «enganchad.»

Ahí está, por ejemplo, el doctor Jenkins: la clientela

más rica de París; diez años de vida común con una mujer preciosa solicitada por todas partes; en vano ha hecho todos los posibles para dísimular su situación, anunciar su matrimonio á la inglesa por medio de los periódicos, no admitir en su casa más que criados extranjeros que apenas sepan cuatro palabras en francés. Pues con solas estas cuatro palabras sazonadas con unos cuantos votos de taberna y otros tantos puñetazos encima de la mesa, su cochero Joë, que no le puede ver, nos contó toda su historia durante la cena.

—Está para reventar su irlandesa, su verdadera... A ver, ahora si casar con la otra... Cuarenta y cinco años mistres Maranne y ni un schelling... Y ella qué miedo de quedar abandonada... Casará, no casará, kss... kss... y cómo reiremos.

Y venga trago sobre trago, y el hombre charla que te charla poniendo á su señora como ropa de pascua... Confieso que me interesaba esa señora Jenkins postiza que llora por los rincones y corre el peligro de verse plantada á lo mejor, cuando todo el mundo la tiene por casada, por respetable, por decente. Los otros venga reirse, las mujeres en especial. ¡Canario! así y todo divierte el ver que las señoronas también pasan la suya y que no pueden dormir cada vez que tienen sueño,

En aquel momento la mesa ofrecía un golpe de vista animadísimo: un circulo de caras risueñas tendidas hacia el irlandés, que hacía el gasto con su anecdotilla. Esto despertaba la emulación: cada cual por su lado buscaba, recogía en su memoria cuanto andaba tirado en cuestión de escándalos, de aventuras de maridos burlados, de esos hechos íntimos que se vacian en las mesas de las cocinas con las sobras de los platos y las sobras de las botellas. Y era que el champagne comenzaba á hacer de las suyas entre los convidados. Joë quería bailar el jig encima de la mesa. Las damas, á la menor palabra un tanto divertida, se retorcian con esas risas chillonas de las cosquillas y dejaban arrastrar las bordadas colas de sus enaguas por debajo de la mesa. M. Luis se había retirado discretamente. Llenábanse los vasos sin haberlos vaciado; una criada mojaba un pañuelo en el suyo lleno

de agua y se refrescaba la frente, porque, según decía, estaba un poco mareada. Era ya hora de poner punto final; y efectivamente, un timbre eléctrico que campanilleaba por el corredor avisaba que el lacayo de servicio en el teatro venía á llamar á los cocheros. Ya en este punto, Monpavón brindó por el amo de la casa dándole las gracias por aquella fiestecita. M. Noël anunció que continuaría en Saint Románs cuando las fiestas del Bey, para las cuales probablemente serían invitados la mayor parte de los presentes. Y yo á mi vez iba á levantarme, harto acostumbrado á los convites de claustro para saber que en ocasiones semejantes el más viejo es el que brinda por las señoras, cuando se abrió la puerta bruscamente, y un lacayón con barro hasta la cintura y armado de un paraguas hecho una sopa, sudando, echando los botes, nos gritó sin respeto á la compañía:

—Anda, so brutos... qué tanto hacer el sueco... ¡Pues no oís que ya han concluído!

